



ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA

Recibido: 19 de julio de 2022. Aprobado: 19 de agosto de 2022.

DOI: 10.17151/rasv.2023.25.1.7

El mundo tatea: aprendizajes de la vida de los ruidos en San Bernardo, Cundinamarca

The world “tatea” (bursts): lessons from the life of noise in San Bernardo, Cundinamarca

RESUMEN

Los campesinos de San Bernardo, Cundinamarca, tienen la certeza de que el mundo vive “totiando”. Este artículo desarrolla la noción de “totiar” como una teoría atenta a los sonidos que ocupan lugar en la vida de mis amigos y maestros. Las reflexiones que aquí se presentan son producto de mi trabajo como jornalera durante el primer semestre de 2019 y parte de 2020. Trabajando en los cultivos de la vereda Agua Negra aprendí que “totiar” es un concepto que explica diferentes dimensiones sonoras y materiales de la vida campesina. Este artículo argumenta por diferentes recorridos sonoros que los sonidos no son un telón de fondo y que para llevar la vida es necesario poner atención a los ruidos.

Palabras clave: campesinos en Colombia, Sumapaz, etnografía, ruido, sonido.

ABSTRACT

The peasants of San Bernardo, Cundinamarca have the certainty that the world is exploding constantly. This article develops the notion of “totiar” as a theory attentive to the sounds that take place in

ANA MARÍA RODRÍGUEZ SUÁREZ

Antropóloga.

Fundación Universitaria

Los Libertadores.

Bogotá, Colombia.

✉ ana.rodriguez@libertadores.edu.co

ORCID: 0000-0002-6722-1989

📖 [Google Scholar](#)

Cómo citar este artículo:

Rodríguez, A. M. (2023). El mundo tatea: aprendizajes de la vida de los ruidos en San Bernardo, Cundinamarca. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 25(1), 132-162. <https://doi.org/10.17151/rasv.2023.25.1.7>



the lives of my friends and teachers. The reflections presented here are a product of my fieldwork as a day laborer during the first half of 2019 and part of 2020. Working on the crops of Agua Negra I learned that “totiar” is a concept that explains different sound and material dimensions of peasant life. This article argues, using different sound paths, that sounds are not a backdrop and that to lead life it is necessary to pay attention to noises.

Key words: Colombian peasants, Sumapaz, ethnography, noise, sound.

Los argumentos de este artículo nacen del trabajo de campo que hice durante los cinco primeros meses de 2019 y dos meses de 2020 que se vieron interrumpidos a causa de la pandemia. Durante este tiempo me recibió la familia Rodríguez Velázquez en la vereda Agua Negra del municipio de San Bernardo, Cundinamarca. Allí aprendí a trabajar en sus cultivos de mora y en otros cultivos vecinos de pepino, arveja y frijol. Fue así como mi trabajo de campo se centró en aprender no solo a recoger moras, sino también a compartir la vida con quienes me enseñaron generosamente a llevar la vida como jornalera.

San Bernardo es un municipio que hace parte de la provincia de Sumapaz. Es conocido por ser la “despensa agrícola de Cundinamarca”, ya que cuenta con diferentes pisos térmicos que permiten que en sus tierras se puedan cultivar y producir todo tipo de alimentos. Está ubicado a 1720 msnm. Agua Negra, la vereda en donde viví, es una de las más altas y cercanas al Páramo de Sumapaz. Dicen mis maestros que la vereda tiene ese nombre por el color turbio del agua que baja por el acueducto, consecuencia de las constantes crecientes de agua que se producen gracias a los fuertes aguaceros.

Mi intención al llegar allá estuvo guiada por cuatro planteamientos: el primero de Luis Guillermo Vasco (2007), según el cual hay que vivir con la gente, teniendo en cuenta que quienes saben son ellos y que en el trabajo es en donde surge el conocimiento. El segundo guiado por Luis Alberto Suárez (2021) y su propuesta de hacer una antropología con las manos sucias, compartiendo las ocupaciones de la gente, comprendiendo que así podremos encontrar teorías buenas para vivir.

El tercero planteado por Sebastián Anzola (2020) en Sucre, Cauca, en el que argumenta que el trabajo agrícola es una metodología de investigación y que hay que aprender a vivir la vida con otros, porque es en la

vida en donde está el conocimiento. Finalmente, el cuarto planteamiento estuvo guiado por Laura Guzmán (2021) en su trabajo en el norte del Tolima, en el que advierte que hay que “dejarse enseñar” y reconocer que no sabemos nada sobre el mundo.

Siguiendo estas propuestas y asumiendo que no sabía nada, aprendí que el mundo *totea*. Esta premisa me enseñó a estar atenta a los ruidos que no solo están en las conversaciones con las personas. Con el tiempo comprendí que para llevar la vida es necesario atender y prestar atención a los sonidos del mundo. Y que detrás de los sonidos hay señas y diferentes dimensiones materiales que explican cómo el mundo es algo que está en constante crecimiento.

Este será un recorrido por medio de los sonidos. Para ello me centro en comprender la categoría de *totiar* por medio de diferentes situaciones. La intención es que el lector entienda que *totiar* tiene un sentido vital en San Bernardo. Atender a los sonidos del mundo permite desarrollar una teoría del *totiar* que consiste en “parar oreja” y prestar atención a los ruidos que nos acompañan mientras trabajamos y llevamos la vida. No solo el agua de las cascadas, de los ríos o de las lluvias *totea* todo el tiempo. Esos ruidos del mundo tienen efectos en nosotros, por eso nos avisan para salir corriendo a la casa cuando viene un aguacero o que también se contagian a carcajadas cuando suena un buen chiste mientras se trabaja en los cultivos o tajos.

Este artículo aborda la voz campesina, las maneras de comunicarnos con los animales, el misterio del agua, las celebraciones, el chisme, los chistes, las carcajadas y el llanto. Así *totea*, *revienta* y *suenan* el mundo.

En la casa de la familia Rodríguez Velázquez el día empieza a las cinco de la mañana. El despertador del celular suena en el otro cuarto y, después de unos minutos, se escucha al piso de madera traquear con un sonido seco y prolongado. El zapateo de Ricardo y Denis bajando por las escaleras me avisan que tengo que despertarme. El frío de la madrugada nos obliga a los tres a hacer un sonido con la boca, haciendo entrar aire entre los dientes. La puerta de la casa golpea, produciendo un eco metálico que vibra duro contra la pared de ladrillo de la sala. Las bisagras oxidadas y secas chillan por unos segundos mientras la puerta se abre completamente.

Luego suena la fricción de un tarro lleno de cemento contra el piso de tierra que arrastra Denis o Ricardo con los pies para trancar la puerta. Tontín y Pointer –los perros de la casa– empiezan a ladrar mientras

saludan a Ricardo y a Denis. “Quiubo ojo pisho”, le dice siempre Ricardo al Tontín, que tiene un lagrimal salido a causa del picotazo de una gallina. Pacho –el gato– empieza a maullar a todo volumen: “Maaaaaa”. Como dice Denis, pareciera que estuviera diciendo “mamá”. Ella trata de interrumpir los “alaridos” del gato diciéndole “quite diai”.

Afuera de la casa, frente al baño, suena la apertura de la puerta de madera de la bodega que sacude el gancho metálico que la asegura. Ese movimiento produce unos golpes suaves que se asemejan a los de un lápiz chocando con una tabla. Al ratico, Denis prende un trapo mojado con gasolina. El ruido de ese primer fogonazo, “¡fu!”, provocado por la reacción de la gasolina y el encendedor, es acompañado por el golpe constante del hacha contra la leña que corta Ricardo cada mañana.

Antes de que Denis matara al Rey –el gallo de la casa– para hacer un sancocho, su cacareo sonaba duro, hasta la casa del finado Maximino, el papá de Ricardo Rodríguez. Los días que viví allá, después de que se comieran al Rey en el almuerzo, estaba empezando a crecer el Virrey, un pollo que estaba dando sus primeros cacareos. Cuando el Virrey empezó a cantar a las cinco de la mañana se escuchaban sus esfuerzos por cacarear con su voz ronca y entrecortada. Ricardo siempre se emocionaba cuando escuchaba la voz temblorosa e insegura del pollo, y acompañado de un aplauso de dos o tres palmadas secas, decía: “Juuuuuy, cómo canta mi Virrey”. Esos cacareos flojos, fueron los que le avisaron a Denis y a Ricardo que ya venía siendo hora de matar al Rey. Ellos me decían que era muy aburridor tener dos gallos en la casa. “Esos jediondos se la pasan peliando por las gallinas y Denis no tiene genio pa’ peleas”, me decía Ricardo mientras escuchábamos el aleteo a toda velocidad y los cacareos seguros del Rey que andaba correteando al Virrey en la parte de atrás de la casa.

La casa tiene dos pisos. El primero está construido en ladrillo. Allí está la sala que tiene tres poltronas y un mueble con un televisor y un DVD. En ese mueble Ricardo conserva una colección de películas y disquitos de música. Cuando él se levanta de ánimo, pone a sonar el televisor con el Binomio de Oro. Al ritmo de vallenatos el día empieza a aclarar. Cuando yo bajaba las escaleras, me lo encontraba bailando enfrente del televisor, imitando el bailado de los integrantes del Binomio de Oro.

Las paredes de ladrillo están llenas de afiches con mensajes de motivación. El afiche más grande es el de “Desiderata”, que está pegado al lado de la foto del grado de Jader, el hijo de Deis y Ricardo. Del techo

cuelga una colección grande de llaveros que se tambalea cada vez que alguien pisa duro en el segundo nivel de la casa. El piso de cemento tiene una capa de cera roja que Denis unta todos los sábados. Contra una pared, hay una escalera angosta de madera que conduce a los cuartos y al balcón que rodea la parte de atrás de la casa. A diferencia del primer piso, este fue levantado con tablas. Cuando el viento sopla duro, el segundo piso chirrea y vibra al ritmo de las bocanadas de aire. En la parte de afuera hay un cuarto pequeño en el que está el menaje, el lavaplatos y la nevera que hace ruidos vibrantes y estruendosos cada vez que se está cargando, como dice Ricardo.

Afuera están la cocina y la bodega, ambas construidas con tablas y tejas de zinc. La cocina tiene un fogón de leña. El fuego crepita y el carbón de la estufa tatea continuamente cada vez que la llama coge fuerza. De las paredes de tabla cuelgan las ollas y, debajo de una tabla angosta, hay una canasta de mimbre con papas y cebollas. Del techo cuelga una canasta plástica, manchada de hollín, llena del amasijo para la semana que se arroja con un poncho viejo de ferias y fiestas. Arrinconada al otro lado, está la mesa del comedor con tres sillas. Cuando Jader iba de visita, las sillas no alcanzaban, obligando a la última persona que llegaba a comer (generalmente yo) a sentarse en una banca de tablas frente al fogón. Desde allí, Denis me encargaba que el fogón no se apagara. A veces la leña se venía a botes y sonaba con golpes secos cayendo sobre el piso. Cuando eso pasaba, me levantaba en pura a acomodar la leña. Cuando la llama perdía fuerza, me acurrucaba y soplabla duro los pedazos de carbón. El aire que salía de mi boca chocaba contra la brasa. Esta botaba llamaradas pequeñas que producían un ruido intermitente que me hacía saber que la llama estaba empezando a crecer de nuevo.

Las mañanas de los jueves se oyen a lo lejos los ladridos rabiosos y roncros de los perros de don Maximino (q.e.p.d.) anunciando la llegada de Adonías. Los cascros de El Consentido, el caballo de Osquítar¹, trotean provocando un ruido metálico, consecuencia del roce de las herraduras y las piedras del camino. “Shhhhhh shhh”, hacía Adonías a lo lejos. Tan pronto escuchábamos al caballo y al Adonías, tratábamos de confirmar si eran ellos. Denis, Ricardo y yo entrecerrábamos nuestros ojos y tratábamos de ver entre los espacios angostos de las paredes de tabla de la cocina. “¡Bueeeeeenas, buenaas! ¿Sube en junta, china?”, decía Adonías mientras se asomaba por la polisombra que rodea la casa. Yo siempre alistaba los jotos en pura: una maleta que Denis me ayudaba

.....
¹ Nombre caiñoso que mis maestros le dan a Óscar Novoa.

a empacar en la mañana con el amasijo, una gorra, una botella con jugo de mora, el impermeable, la camisa de manga larga para trabajar que envolvía la olla con el almuerzo para que no se enfriara tanto en el camino, y una vara de madera que me servía de soporte para no irme de narices monte arriba.

Uno de esos jueves, mientras subíamos, Adonías me preguntó: “¿China, usted conoce las chicharras?”. “No he visto ni una”, le respondí mientras trataba de equilibrarme en una piedra babosa. “Ora, ¿nunca?”, preguntó Adonías mientras daba una zancada saliéndose del camino. El ruido de las ramas y las hojas de rastrojo sacudiéndose acompañaron su paso largo. Extendió su mano y cogió una chicharra seca que estaba pegada en la hoja de un árbol. “¿Sí pilla que está reventada?”, preguntó. Mientras tanto, acercó su mano y la empezó a girar para que yo pudiera ver la grieta que tenía la chicharra en su tórax (Figura 1). “Ya vi. ¿Qué le pasó?”, le respondí mientras miraba atenta su mano sosteniendo la chicharra. “Páreme bolas. Esos bichitos chillan durísimo hasta que se totean”. Esa no fue la única vez que Adonías quiso mostrarme una chicharra reventada. La mayoría de las veces que salíamos en junta a trabajar, Adonías paraba en el camino para mostrarme chicharras secas que se habían *totiado* en alguna hoja.



Figura 1. Mano de Adonías Rodríguez sosteniendo una chicharra reventada.

Vereda Agua Negra, sector alto.

Fuente: Ana María Rodríguez S. (2019).

Luego de un tiempo me di cuenta de que la insistencia de Adonías para mostrarme las chicharras totiadas responde a algo más profundo que querer mostrarme un bicho seco en una hoja. Al mundo le pasa lo mismo que a las chicharras. Viviendo con mis maestros aprendí que el mundo se la pasa totiando, reventando y sonando. En su propuesta de trabajo, Suárez (2021) advierte que quienes hacemos antropología estamos descubriendo, hasta hace poco, los sonidos del mundo.

La voz recorre el mundo y corta camino

Era viernes, y el radio de Denis estaba sintonizado en la emisora del pueblo. Esos días es bonito escuchar la emisora porque los encargados reciben llamadas de la gente que quiere pedir sus “disquitos”. El radio sonaba como podía. Días antes, Denis le había roto la antena de un totazo contra una piedra. Desde ahí, la onda entraba con dificultad. Escuchábamos los disquitos que pedía la gente como podíamos. Cuando entraba algún ruido lluvioso que interfería las canciones, Denis golpeaba su radio en la parte de atrás con dos palmadas secas que hacían que las pilas chocaran con el plástico de la carcasa. Al medio día, mientras almorzábamos en el acopio, llamó un señor del Gualilo. Una voz gruesa, con un tono alargado pedía que le pusieran un vallenato del Binomio de Oro. Cuando el señor terminó de hablar, Denis soltó una risa tenue y aireada y me dijo imitando sus palabras alargadas: “Eeeijos antiiiiiguos² sí hablan haaaaarto laaaaargo”.

La señora Edilma y el finado Maximino –los papás de Ricardo– solían recurrir a ese hablado largo para llamarnos. La casa de ellos queda a espaldas de la casa de Ricardo y Denis. Un tajo pequeño de moras divide los lotes de ambas casas. La señora Edilma vivía antojada de mantequilla³ y cada vez que podía pegaba el grito para saber si había alguien en la casa que le pudiera pasar algo de mantequilla. A veces pasaba que en el desayuno Ricardo y Denis soltaban la cuchara en el plato, haciendo sonar el metal del cubierto con la porcelana y se quedaban quietos tratando de descifrar si era la señora Edilma que estaba gritando. Ambos, mirando a un punto fijo en la pared de tablas de la cocina, trataban de entender lo que la mamá de Ricardo gritaba desde su casa. A veces nos asomábamos por la puerta de la casa y, siguiendo las largas palabras, la veíamos sacudiendo sus brazos de arriba hacia abajo, con un plato hondo en sus manos.

² En San Bernardo se refieren a las personas mayores como “antiguos”.

³ La mantequilla es la nata que queda en la superficie de la olla cuando se deja reposar la leche por mucho tiempo después de hervida. Es la grasa que queda en la superficie de la olla, cuando se separa del suero.

Cuando no había mucho tiempo, Ricardo la llamaba apuntando su cabeza hacia la casa, alargando también sus palabras.

Pero mis maestros no solo se comunican así de una casa a otra. Los tajos de mora en los que trabajé están sembrados en terrenos difíciles. Ambos, el tajo del monte y el tajo de Agua Amarilla, están ubicados en lomas empinadas. Estos terrenos ocupan una gran extensión de tierra en la que solo se pueden ver hiladas⁴ de matas de mora sembrada. En el tajo de Óscar Novoa es muy difícil vernos entre todos. La profunda inclinación del terreno y las ramas gruesas y frondosas de las matas de mora reducen la visibilidad entre los jornaleros. Es por esto que mis maestros recorren el tajo haciendo ruido, con gritos, escuchando el radio de los compañeros a la distancia o escuchando el sonido de las moras al caer en el coco.

En el tajo de Óscar Novoa se recoge en parejas. Esto quiere decir que dos personas recogen un surco completo: una arriba y otra abajo. Por lo general, al tajo de Osquítar va a trabajar una gallada de cinco o siete personas. Así que cuando el corte empieza se trabaja entre tres y cuatro surcos. Cuando una pareja termina de recoger un surco, tiene que contar tres o cuatro surcos para abajo y retomar. Quien llega primero, marca el ritmo de la cogida. Adonías y yo, que éramos los más demorados en llegar al corte, siempre teníamos que pararnos en la punta más alta del tajo y llamar con un grito largo a la persona que llevaba el ritmo. Cuando veíamos las chaquetas y las maletas colgadas en el acopio, sabíamos quiénes habían llegado. Ambos “parábamos oreja”, como dice él, y tratábamos de escuchar por cuál surco teníamos que arrancar.

Así, cuando terminábamos la recogida en un surco, Adonías levantaba la cabeza y gritaba, alargando sus palabras, el nombre de la persona que había empezado la recogida. Luego de esperar un grito largo como respuesta, él contaba el número de surcos que teníamos que bajar para seguir trabajando. En su trabajo en Sucre (Cauca), Sebastián Anzola (2020) advierte algo parecido. El sonido de los machetes indica si este está bien afilado o no, y también el ritmo del trabajo. Pero el ritmo no solo se lleva por los gritos largos de las personas, sino que también lo lleva el golpe de las moras contra el coco. Por el sonido, mis maestros sabían que estaba haciendo un buen trabajo o que me estaba “rindiendo” en la cogida. Ellos no tenían la necesidad de ver mi coco, solo les bastaba escuchar. Cuando se oyen golpes secos con eco es porque el coco va vacío, pero cuando las moras dejan de sonar contra el plástico del coco

⁴ Hiladas son líneas de tierra cultivada de gran extensión, también se le conocen como surcos.

es porque ya va llenito. La velocidad de esos golpes también da cuenta de la habilidad que tiene un jornalero para la cogida.

En San Bernardo, sobre todo la gente antigua alarga las palabras. La voz campesina *resuelve* hablar con un ritmo y un tono que permite que aquello que se está diciendo recorra las largas distancias que hay entre las personas y que tome la forma de las montañas, o incluso recorra los cultivos que, por las hojas y el tamaño de las plantas, no dejan ubicar a las personas que están trabajando en él. Esas pronunciaciones alargadas de mis amigos tienen la intención de recorrer el mundo, de llegar a un lugar determinado, que por lo general está lejos y tapado en rastrojo, cultivos, árboles o matas.

Las palabras de mis maestros son movimientos que se esfuerzan por llevar un mensaje o un sonido a un punto que suele ser lejano. Ese hablado largo, y a veces recortado, tiene el objetivo de recorrer los lugares poco visibles y lejanos. Alfred Gell (1999) advierte algo similar. En su trabajo argumenta que los Umeda priorizan los sonidos, en lugar de la vista. Los lugares obligan a las personas a encontrar la mejor manera de comunicarse entre ellas. Los montes tupidos, la neblina, las montañas, o los cultivos extensos no permiten que las personas vean o estén pendientes de las cosas que ocurren. Es por esto que privilegian los sonidos, con gritos alargados, chasquidos, silbidos. Cualquier señal sonora es más precisa, porque a veces las condiciones no permiten vernos entre nosotros.

Además de alargar algunas palabras, mis amigos también abrevian otras en un hablado que puede parecernos enredado. Pero si “paramos oreja” es precisamente todo lo contrario. En lugar de ser un hablado enredado, es un hablado que se simplifica para cortar el camino y llegar más fácil. Las palabras también recorren las trochas y los caminos difíciles, por lo que podría afirmar que estas, como quienes caminan y echan pata, cortan para facilitar las largas distancias.

Es común oírles decir, por ejemplo, “pa’rriba” en lugar de “para arriba”, “algotro” en lugar de “algún otro”, “pu’allá” en lugar de por allá, “que’l” en lugar de “que el”. Es un hablado que se junta entre palabras, por medio de contracciones, para llegar de la mejor manera a un punto distante. Así es como *toca que* hablar en ese monte tapado de árboles, rastrojo y cultivos que a veces nos obliga a estar alejados de los otros.

Llamar, atajar, calmar y arriar a los animales

Con Luz Ruiz en la vereda Buenos Aires aprendí a *hacer los sonidos* que emiten los animales. En la finca de don Laureano Pedreros el día empieza a las cinco de la mañana. A esa hora la cama de Luz traqueaba, anunciando que ya se estaba despertando. El volumen del roce de la madera aumentaba cuando ella se sentaba en la cama y se levantaba impulsando su cuerpo hacia arriba con la ayuda de sus brazos. Luego, las bisagras de la puerta metálica del cuarto chillaban, avisándome que ya era hora de abrir los ojos. Lucecita siempre trancaba la puerta del cuarto con el equipo de sonido que estaba cuadrado en la emisora del pueblo que suena en todas las veredas. A esa hora siempre está el padre Martín haciendo el rosario. De fondo se escuchan ave marías y canciones acompañadas del sonido de las cuerdas destempladas de la guitarra.

Luz vivía en esa finca y se encargaba de tener la comida lista para don Laureano, su patrón. En la parte de atrás de la casa, ella mantenía un corral con gallinas y una pisca. La “jedionda”, como le decía Luz, resolvía siempre salirse del corral y eso tocaba andarla buscando. Uno de esos días, después de que el rosario terminara y que el día empezara a aclarar, Luz me dijo que fuera en junta a buscar a la pisca antes que don Laureano se diera cuenta de que andaba puai escarbando los cultivos. Yo me puse las botas para ir a buscarla. Salimos de la casa y empezamos a bajar por los cultivos de fríjol. Las matas ya estaban hartas grandes y no veíamos más que las hojas anchas de las plantas de fríjol.

Luz empezó a inclinar su tronco y a buscar entre las matas. Apretaba sus labios y negaba con su cabeza. “Esa hijuemadre salió lejos”, dijo mientras miraba con angustia la hora en el celular. Después de girar su cuerpo de lado a lado, con sus manos en la cintura, empezó a hacer: “puis puis puis puis puis puis puis”. Yo imitaba sus movimientos, también me agachaba y trataba de ubicar a la pisca. “¿Nada?”, le preguntaba mientras ella seguía haciendo el mismo sonido. Luz no me respondía, seguía buscando a la pisca. Después de unos minutos, enderezó el cuerpo, se rascó la cabeza y vuelta⁵ apretó los labios y negando con su cabeza me dijo: “Nada que aparece, mana. Pongámonos serias”. Con su advertencia entendí que lo que yo hacía no ayudaba mucho. Nos volvimos a encorvar y en junta empezamos a hacer el mismo ruido agudo, en coro: “Puis puis puis puis puis puis puis”. Al cabo de un tiempo, empezamos a escuchar las matas de fríjol sacudiéndose. Las plumas negras de la cola de la pisca se

⁵ Al decir “vuelta”, mis maestros se refieren a una acción que se repite nuevamente. En lugar de decir “otra vez”, dicen vuelta.

asomaron por entre el cultivo. Tuvimos que rodearla y atajarla para que echara arriba, hacia el corral. Luz movía sus brazos con fuerza de arriba abajo y empezó a botar aire con su boca. Entre sus dientes se escuchaba algo parecido a un chiflido aireado: “Shuishuishui”. Con ese chiflido, Luz logró meter a la pisco en el corral.

Luz me hizo entender con su advertencia que a los sonidos hay que tomarlos en serio. Lo más seguro era que la pisca saliera a correr si nos veía, pero si pispeábamos en junta nos estábamos entendiendo entre todas (La pisca, Luz y yo). En su trabajo con los Sikuaní en Puerto Gaitán (Meta), Gentil Sánchez (2020) presenta un mundo que le canta a los Sikuaní. Para ello, su argumento gira en torno al canto de las aves. Sus maestros le enseñaron que hubo un tiempo en el que las gentes y las aves hablaban con la misma voz. Pero las aves se resistieron a aprender sobre cualquier modo de vida. Por eso, le cuentan sus maestros, hubo una “separación de las voces”. Cuando eso ocurrió las aves y los humanos tuvieron que buscar la forma de comunicarse. Mis amigos en San Bernardo seguramente dirán que los animales y las personas buscan maneras para entenderse entre ellos.

Tenemos que buscar la manera de vivir con los animales. Los Sikuaní le advierten a Sánchez (2020) que “el mundo dice su nombre” y que las “gentes” que habitan en ese mundo buscan siempre la manera de comunicarse. A mí, en San Bernardo, Luz me enseñó que la mejor manera de meter a la pisco en el corral era pispeando. A mí me parecía que lo que hacíamos en un principio era imitar los sonidos de la pisco para llamarla. Pero “ponernos serias” iba más allá de imitar los ruidos de la pisco. Pispear era la única manera de asegurar que la pisco nos obedeciera y echara para el corral.

Así, en San Bernardo, hay muchas maneras de entendernos con los animales. Adonías me contaba camino arriba hacia el monte que su *destino*⁶ es ser arriero. Él sabe “manejarse bien con las bestias”, no les tiene miedo y les conoce el genio. Él sabe muy bien cómo atajar a las mulas y también cómo llevarlas por el camino. Adonías subió cargas pesadas de madera por esos caminos reales que lo botan a uno hasta Versalles y Berlín, dos veredas de Arbeláez, el municipio vecino. Un día mientras echábamos pa’riba, el caballo café que sube con Adonías a trabajar al tajo, El Consentido, se puso resabiado. De un brinco giró y se quedó mirándonos. Como yo siempre iba concentrada en las piedras para no irme de narices contra el camino, no

⁶ Muchos de mis amigos le dicen ‘destino’ al trabajo que hacen. Por ejemplo, mi destino fue recoger moras y podar matas.

me di cuenta. En un momento no escuché a Adonías, levanté mi cabeza y vi a El Consentido de frente, mirándome fijamente. Lo escuché resoplar, lo sentí bravo. Apenas escuché el aire que salía de su boca, que hacía sacudir sus labios, sentí miedo, solo pude decir “ay jueputa”.

Adonías me pidió que me quedara quieta. Dándome la espalda y de frente al caballo, con su brazo hacia atrás, con su mano abierta y agitándola rápidamente de lado a lado, me advertía que no me moviera. Cogió una vara de madera con su otra mano y, con movimientos calmados de arriba hacia abajo, empezó a decir “soooooo, soooooo”. El Consentido apenas movía las orejas, pero después de unos segundos dio la vuelta y siguió caminando. Luego de eso, Adonías empezó a hacer un ruido con sus labios, como botando besos. Camino arriba y totiado de la risa por haberme escuchado decir una grosería, siguió arriando a El Consentido hacia el tajo con esos sonidos. Él sabe bien cómo calmar a la bestia con los sonidos que hace. Yo le tenía mucho miedo a El Consentido, porque en el tajo lo veía correr y patear de lado a lado, mientras relinchaba a todo volumen. Mi miedo era hacer un sonido que lo hiciera poner brioso.

Adonías sabe cuál es la forma de comunicarse con El Consentido. No basta con mirar las señas que hace la bestia cuando agacha sus orejas o cuando para en el camino porque algún tramo está difícil, así como para El consentimiento no es suficiente ver a Adonías agitando sus manos de arriba a abajo. Los ruidos que hacemos tienen un sentido. El tiempo le ha enseñado a El Consentido y a Adonías a entenderse entre ellos. Llevar la vida supone crecer con los sonidos, tomándoselos en serio, prestando atención, “parando oreja”.

En términos de Donna Haraway (2019), mis amigos de San Bernardo conforman responsabilidades en tanto devienen y se vuelven capaces de comunicarse y de vivir *en junta*. Mis maestros buscan la manera de comunicarse y de entenderse con sus ruidos. Haraway advierte que *toca* devenir de manera recíproca para vivir en el mundo, para volvernos capaces. Y esa capacidad está en poder atajar a los animales o arriarlos o de lidiar con sus resabios. Seguramente el miedo que me daba El Consentido, advertía mi incapacidad de comunicarme con él. Cuando los ruidos crecen en nosotros sabemos cuál es la mejor manera de lograr que un animal haga lo que le pedimos. O de entender también qué es lo que ellos quieren. Los ruidos crecen en nosotros porque aprendemos de ellos, prestando atención. Es por esto que los ruidos que hacemos para entendernos con los animales no son imitaciones o emulaciones. Tampoco son ruidos inventados, son ruidos que aprendemos a hacer en correspondencia con lo que escuchamos mientras la vida va pasando.

El chiquero también es ruido

“Anita, camine y descargamos”, me dijo Denis a las 10 de la mañana para ir a comer y, en esas, aprovechar para descargar las moras en el empaque. Era la primera vez que recogía moras y llevaba menos de la mitad del coco. Denis se paró enfrente mío a revisar cómo había recogido. A toda velocidad empezó a apartar las ramas y las hojas secas que se me habían colado en el coco. Recuerdo que alcanzó a recolectar un puñado de solo ramas. “Esto que le quedó ahí es puro chiquero. Toca que no lo deje acumular en el coco porque el patrón [Ricardo] jode por el chiquero”, dijo mientras removía las moras y buscaba.

Ese día entendí que el chiquero eran ramas, hojas secas, moras pichas (podridas) o pasto seco. Luego, cuando aprendí a podar matas de mora en el tajo de Osquítar, Yilber, el hijo de Adonías Rodríguez, me enseñó que las ramas secas que se van cortando de las matas y que se dejan en las calles de los cultivos son chiquero. Cuando alguien va caminando por una calle de un tajo recién podado se pueden escuchar las pisadas que rompen con fuerza las ramas secas que están tiradas en el suelo. Las hojas también crujen duro contra el piso cuando alguien pasa por encima de ellas, pero ese ruido que es el chiquero no solo es el crujido de las hojas y las ramas secas que quedan regadas por los tajos.

La primera vez que fui a Agua Negra acompañé a Ricardo Rodríguez y a Denis Velázquez a una reunión de la Junta de Acción Comunal en la escuela de la vereda. Al final de la reunión, Ricardo me presentó a las personas que estaban en el salón. Después de firmar la lista de asistencia, salimos al patio a tomar aromática. En esas, la señora Maruja me saludó y me dio la mano. Mientras trataba de arroparse con un chal negro, señaló su casa y me invitó a trabajar un día. Me dijo que ella me daba el desayuno y el almuerzo si la ayudaba a hacer unos oficios en su tajito de moras. Mientras hablaba con ella, veía que Ricardo y Denis se reían a lo lejos. Cuando subimos para la casa, Ricardo me preguntó si había cuadrado algo con ella. Cuando le conté que iba a estar un día trabajando en el tajo de Maruja, me dijo entre risas: “Cuando trabaje con ella, hablamos”.

Ese día trabajamos tres personas en el tajo: Maruja, Mireya y yo. Tan pronto llegamos al tajo, me puso a amarrar unas matas de mora que se estaban descolgando de la instalación. Mientras colgaba las matas, ella y la señora Mireya recogían moras y hablaban de gente que yo no distinguía porque llevaba muy pocos días viviendo en la vereda. Mencionaron a varias familias y hablaron de los hijos de sus comadres. Que éste resolvió irse a Bogotá, que’ otro dejó a la mujer, que qué será de la vida de esta

china. A veces se quedaban en silencio y después de un rato recordaban alguna otra cosa de sus vecinos. Todo el día hablaron y echaron chisme. Cuando llegué a la casa, Ricardo me preguntó cómo me había ido. Le estaba contando que me había puesto a amarrar moras, cuando me interrumpió y me dijo: “Eso la puso a hacer cosas que usted no sabía. Claro, la embolató mientras echaba chiquero con la señora Mireya”.

“¿Chiquero?”, le pregunté. “Sí. Se ponen a hablar mierda de la gente. ¿Le gustó trabajar pu'allá?”, me preguntó mientras prendía el televisor. Encogí los hombros y no le respondí nada más. Al ratico Denis se asomó y me dijo que mejor me fuera los jueves en junta a trabajar con la gallada al tajo de Óscar Novoa. Ellos me dijeron que a ella solo le gustaba echar chiquero y aprovecharse de los jornaleros. Según Ricardo, la señora Maruja aprovechó la oportunidad de ponerme a trabajar sin pagarme. No volví a trabajar con ella en su tajo. Ocupé los jueves trabajando en el monte con Osquítar, Denis, Aidé, Estelita, Yilber y, a veces, Julito y Ricardo.

Al cabo de unas semanas, Maruja me seguía llamando para que fuera a trabajar. Cuando Ricardo escuchaba timbrar mi celular y veía mi cara de preocupación, imitaba su voz gangosa y entre carcajadas decía: “Qué será que Ana María no volvió a trabajar”. Luego me tranquilizaba y me decía que igual la única persona que se amañaba con Maruja era la señora Mireya. En la vereda, Maruja no tiene buena fama. Ricardo y Denis me contaron una noche que ella está deteriorada físicamente y con tantas enfermedades y dolores en su cuerpo porque es una persona muy ambiciosa. Hace 15 años ella les quitó la posibilidad de comprar una casa y los dejó en la calle.

Ese deterioro (tanto el de la finca, como el de su salud) no la deja trabajar a buen ritmo. El día que subí a trabajar en su tajo fue difícil. Era mi primera semana y no llevaba botas pantaneras. Las matas del tajo llevaban semanas sin podar y amarrar, lo que hacía que las ramas espinosas crecieran a su antojo por el suelo. La cogida era difícil y yo, sin botas, me espiné los tobillos y las pantorrillas. Sus tajos están descuidados, al igual que sus becerros que se quedan días amarrados y sin probar leche, como me contaba Denis un día de subida a la casa. Ese deterioro hace que ella pare constantemente a descansar y en esos intervalos de tiempo aprovecha para chismear con la señora Mireya.

El chiquero no suena igual en todos lados, por eso hay jornaleros que se amañan en un solo sitio. A Estelita, la vecina de Osquítar y Adonías, le molestaba cuando el Adonías se ponía a chancearla con cochinas o a joder con sus cuentos pesados. Estelita a veces no le encontraba sentido al

chiquero que hablábamos, mientras que la mayoría de nosotros nos totiábamos de la risa chanceando entre nosotros. Ricardo sabe que el chiquero que hablan la señora Mireya y la señora Maruja en el tajo es muy aburridor, por eso no dejó que siguiera trabajando con ellas. Por eso, yo tampoco me amañé con ella amarrando moras. Saben que es aburridor porque no permite que el trabajo siga, a diferencia del chiquero que nos hace totiar de la risa, haciendo de las cogidas un trabajo más llevadero y bonito.

Es también aburridor porque no se comparte y, al no ser compartido, no lleva un mismo ritmo, ni marca un ritmo para que las cogidas rindan. El quedarse sentadas en los cocos hablando y chismeando, solo retrasa el trabajo y la cogida entre los surcos. A veces esa echadera de chisme es aburridora porque suena entre dientes, pasito. La echadera de chisme no totea a carcajadas como suele pasar con los chistes. El ritmo y el volumen de Maruja y Mireya al hablar mientras se trabaja son distintos.

El chiquero, entonces, suena de diferentes maneras. Así como totean las ramas secas de los gajos que llevan tiempo tirados en las calles de los tajos, totean los chistes entre los jornaleros. Adonías me decía que 'so era bonito, porqu'él sabía que todo lo que se hablaba en el tajo se quedaba tirado como esas ramas secas que quedan después de una podada. Entre todos había la confianza de hablar mierda y echar chistes, porque sabíamos que al final del día lo dejábamos tirado en el tajo. Lo que se deja tirado en el tajo no crece, se seca y queda ahí regado. Hace ruido de vez en cuando, pero no sale de ese lugar, solo cruje y totea en el cultivo. Cuando compartimos y entendemos el chiquero de los otros, sabemos que somos parte de lo mismo. El ruido también se comparte. A pesar de que el chiquero se quede botado en el tajo, este sigue haciendo parte de la vida. El ruido compartido de ese chiquero totiaba cuando nos encontrábamos los domingos para jugar básquet y algún comentario en común nos hacía reír a los mismos.

Echar chiquero es otra manera en la que las personas hacen totiar los chistes y los comentarios sobre otras personas. Totiar es entonces la apertura y el florecimiento de lo que pensamos mientras se está trabajando en junta. Por eso es que las galladas tienen su propio chiquero. El tajo es el espacio en donde todos esos comentarios revientan, suenan, nos hacen totiar de la risa o también nos hacen poner de mal genio. Pero hay que tener en cuenta la advertencia que hace Adonías sobre el chiquero y es que este queda siempre botado en el tajo, no sale de ese lugar. Si se piensa en el chiquero como ese reguero de hojas que quedan botadas en el piso, es posible pensar en una distinción acerca de los chismes y el chiquero.

Si mi maestro advierte que el chiquero hay que dejarlo botado en el tajo, es porque este no tiene por qué crecer, no tiene por qué salir de ahí. En cambio, el chisme es algo que totea en algunos tajos, pero que sí tiene el riesgo de crecer, porque es algo que no se deja tirado sino que, por el contrario, se mueve a lugares por fuera del tajo. Otra de las cosas que me preguntó Ricardo cuando llegué de trabajar ese día con la señora Maruja, era si ella había preguntado sobre ellos. La señora Maruja no veía únicamente en mí una oportunidad de trabajo sin pago. Ella también veía la posibilidad de indagar sobre la familia. Maruja veía que yo le podía dar de qué hablar sobre Denis y Ricardo. Ese era el problema: mis amigos no podían permitir que allá germinara y creciera algún tema de conversación que los involucrara.

Cuando se le da al chiquero la posibilidad de crecer, se vuelve un chisme, “habladera de mierda”, como me decía Ricardo. Por eso es que Adonías siempre, después de reírse un buen rato de algún cuento o algún chiste, me advertía que lo “bonito” de hablar chiquero era dejarlo tirado en el tajo y no pensar más en eso. Entonces lo que dicen mis amigos es una advertencia para no dejar crecer el chiquero o no arrastrarlo fuera del tajo. El chiquero, entonces, es un ruido que acompaña las cogidas y que termina de sonar cuando la gente deja los tajos para coger camino hacia sus casas. Pero el chiquero deja de ser bonito cuando cae en manos de gente que como, la señora Maruja, no lo deja tirado sino que lo arrastra con ella. Haciendo que totee en todo lado y siga creciendo más allá del tajo.

Los ruidos que hace el agua marean

Después de destapar la bocatoma, Leonel me llevó a mirar la cascada de Agua Negra. Caminamos por entre el rastrojo, agachados. El pasto húmedo chirreaba mientras nosotros movíamos las ramas con nuestras manos. En un punto del camino, empezamos a bajar escalones muy profundos de piedra. La cascada toteaba fuerte, como cuando se tiran muchos baldados de agua con fuerza a un tanque para llenarlo. Tratábamos de romper las ramas del rastrojo que se partían en hilachas y traqueaban suavemente mientras astillaban nuestras manos. Ese sonido de las ramas botando astillas se iba diluyendo por las fuertes bocanadas que chocaban constantemente contra las piedras. “Ta como recia el agua”, dijo Leonel, mientras separaba con sus manos la última capa de rastrojo, empuñando sus manos y abriendo sus codos con mucha fuerza, como una cortina que ya nos permitía ver la cascada.

Una caída de unos cinco metros de altura bajaba con fuerza (Figura 2). Descargas de agua con menos de un segundo de diferencia reventaban duro en un fragmento del río de unos treinta metros cuadrados en donde reposaban dos troncos inmensos de color café oscuro. El agua de ese pequeño fragmento escurría con más calma por otra caída de aproximadamente un metro y medio de altura. Ambos nos sentamos un rato en una roca grande que descansaba en la orilla del río. “Para mí que l’ agua tiene un misterio. ¿Sí pillas esos dos troncos?”, gritaba Leonel, esforzando su voz para hacerse oír entre el estruendo de la cascada. El agua seguía totiando fuerte. Recuerdo que ambos nos quedamos callados durante unos minutos. Los dos mirábamos muy atentos las bocanadas de la cascada. Leonel tenía su cabeza inclinada hacia atrás, como recostada en la nuca. Esa posición hacía que su boca se abriera un poco. Yo estaba igual, mirando hacia arriba y con la boca entreabierta. Ambos estábamos pasmados, no hablábamos, solo mirábamos.

Con las caras chispeadas de agua, seguíamos atentos, sentados, apoyando nuestras manos en la roca y con nuestras piernas descolgadas. Después de unos minutos, escuchamos al Tontín chillando. Él nos había estado acompañando todo el tiempo, pero no había sido capaz de bajar en junta hasta la cascada. Leonel se limpió el rocío de su cara con las manos, se acomodó el impermeable que se le había escurrido mientras estábamos mirando el agua y dijo en un tono grave y contundente: “Pilas, que nos dejamos marear y en cualquier momento el agua se viene y nos arrastra”.

La cascada nos había dejado quietos a los dos, boquiabiertos. Leonel se levantó de la piedra en la que estábamos sentados y me apuró para que nos alejáramos de la cascada. Esas bocanadas que totean fuerte retumban en la cabeza y hacen que la gente se maree. Cuando alguien se maree es porque no puede dejar de ver, oler y escuchar otra cosa más que las fuertes descargas de agua que chocan contra las piedras. Mis maestros saben bien que los ruidos estruendosos hacen que el agua se rebote y desprenda un fuerte olor a barro. Su olor, el ruido y la velocidad del agua hacen que cualquier persona se embobe y se maree.



Figura 2. Cascada de Agua Negra. Vereda Agua Negra, sector alto.

Fuente: Ana María Rodríguez S. (2019).

Pero las cascadas no son las únicas que marean. Otro día, terminando el trabajo en el monte, nos cogió un aguacero. Todos decidimos esperar un rato en el acopio hasta que escampara para no lavarnos tanto. Por la ventanita de la caseta solo podíamos ver una capa espesa de neblina. La lluvia toteando contra las tejas nos avisaba que “no tenía ganas de escampar” como dijeron varios de mis maestros. Resignados, decidimos salir de la caseta. El agua no iba a parar de caer, sino hasta por la noche. Todos salimos recibiendo el aguacero, con los hombros encogidos y la cabeza agachada. Ahora, las gotas gruesas totiaban fuerte sobre nuestras carpas plásticas.

En el camino nos encontramos con Ricardo. “Escuche, Denitas, cómo viene de brava el agua”. Denis se pasó la mano por la cabeza con angustia. Lo único que esperaba era que el zanjón que pasa por la casa no estuviera tan crecido. “Cómo vendrá ese zanjón, ¿sí habrá manera de pasar?”, dijo Denis preocupada. El agua de la lluvia bajaba con fuerza por el camino de piedra. Adonías se adelantó y entre todos nos dábamos las manos para bajar. Los perros se sacudían constantemente, pues escuchábamos sus orejas chocar como un aplauso contras sus cabezas.

Cuando llegamos al zanjón, vimos solo bocanadas de agua que atravesaban de forma perpendicular el camino. Oleadas de agua intermitentes se levantaban, sin dejarnos ver por dónde pisar. Ricardo, el más alto de la gallada, tanteó con sus piernas la profundidad del zanjón que reventaba con fuerza contra una piedra. El aguacero obligaba a Ricardo a hablar

en un tono fuerte y largo. “Anaaaa Maríaaaaa, usté piiiise por donde yo pisooo”, me decía. Todos, cogidos de la mano, bregamos para no caernos entre el zanjón.

Yo buscaba entre el agua, que corría a toda velocidad, las piedras que Ricardo pisaba. El agua bajaba café, “rebotada de tierra y chiquero” como decía Adonías mientras pasábamos. Durante unos segundos empecé a ver que el agua turbia y espumosa corría en dirección contraria, como si se estuviera devolviendo. Por un momento percibí un olor fuerte a tierra mojada y el ruido estruendoso del agua del zanjón golpeando contra las piedras. En ese momento sentí que Denis sacudía mi brazo como un latigazo: “No se quede quieta que’l agua la *marea*”.

Cuando llegamos a la casa me explicaron que el ruido de las crecientes confunde y marea a la gente. Denis asegura que no hay que quedarse mucho tiempo “mirando’l agua”, porque esta es traicionera y por eso es que se lleva a la gente y a las cosas con ella. Así como Denis, Leonel tenía la misma certeza. En la bocATOMA, Tontín nos salvó a Leonel y a mí del mareo, y bajando del monte fue Denis la que me hizo reaccionar ante ese misterio del agua. En ambos casos, ellos se encargaron de hacerme entender que no es bueno quedarse mirando el agua venir, menos si *echa a totiar duro*.

Mis maestros me hicieron entender que cuando el mundo suena no es porque haya un ruido de fondo. Los ruidos, como los que producen los ríos, los zanjones y las cascadas tienen efectos en nosotros. Y como no son telones de fondo, vienen acompañados de olores, o movimientos, o señas físicas en lugares o cosas. Es por eso que Leonel me insistía en el misterio del agua antes de quedarnos boquiabiertos. Con “un misterio” se refería a que el sonido estruendoso del agua, acompañado de movimientos, es capaz de embobar y marear a una persona. Incluso él, quien tiene claro que no hay que quedarse quietos cuando hay caídas o corrientes de agua, se dejó marear.

Las recomendaciones de mis amigos siempre se centraban en no dejarme embobar ni por el movimiento ni por el ruido, ni por el olor del agua rebotada. Ellos saben bien que el agua es traicionera y que tiene la fuerza suficiente para arrastrar a lo que se lleva por delante. No siempre corrí con la suerte de tener a alguien que con un grito o con una sacudida me librara del mareo del agua. Una tarde, llegando del pueblo, cogí como siempre camino arriba hacia la casa. Cuando llegué al zanjón, noté que el agua venía corriendo con fuerza, rebotada de greda. Ese color café confundió mis pasos, haciéndome caer de espaldas al agua. Pataleé por

unos segundos hasta que pude levantarme y salir de ahí. Cuando Denis y Ricardo me vieron llegar con los pantalones entrapados, supieron de inmediato que me había dejado marear por el zanjón.

En una llamada, Denis Velázquez me explicaba que la vereda se llamaba Agua Negra porque desde siempre se ha sabido que el agua que baja hasta la vereda llega harto rebotada. Ella me recordó que el agua que salía de la llave siempre llegaba llena de chiquero y tierra. “Eso fue lo que la hizo enfermar los primeros días”, me dijo entre risas. Ya en la parte baja, el agua se calma y no llega tan rebotada, es por eso que la vereda vecina se llama Agua Amarilla.

Los ruidos avisan

“Echen pa’riba que nos cogió el tarde”, dijo el Elkin, quien maneja la ruta que sale del pueblo para Quecos y Agua Negra todos los días al medio día. La última persona que se subió al carro aseguró la puerta con un golpe seco. Elkin prendió el carro y, acelerando fuerte, hizo que el motor arrancara. Todos íbamos apeñuscados en las bancas paralelas de la ruta. En pocos minutos empezó el ascenso por el camino destapado. El carro brincaba debido a las ondulaciones de la carretera y las ventanas desajustadas golpeaban duro contra los marcos.

En el recorrido de cuarenta minutos en subida, la panorámica del pueblo se diluía entre los cultivos de arveja y mora. Poco a poco la neblina aparecía, anunciando que estábamos en uno de los puntos más altos del pueblo. Cuando llegamos a la escuela de La Niña María empezamos a escuchar gotas de lluvia golpeando duro contra el techo. El agua se vino. El panorámico del carro se llenó de agua y el acompañante del Elkin empezó a limpiar con una bayetilla el vidrio que se estaba empañando por dentro. Los limpiabrisas trabajaban a toda velocidad, tratando de despejar el panorámico. Las gotas de agua sonaban como piedras chocando contra las ventanas y el techo del carro. Los huecos de la carretera se encharcaron en poco tiempo. Cuando las llantas del carro pasaban por alguno de esos charcos, se escuchaba al agua salpicando sobre el suelo y las llantas del carro. Con la manga de mi saco trataba de desempañar una de las ventanas del carro. La neblina apenas dejaba ver las postas y alambres de las instalaciones que sostienen los cultivos. Como pude, vi la caseta del tajo de Hernán Velázquez. Sabía que después de ese punto quedaba muy poco para mi parada.

“Yo me quedo en el cruce”, grité. El Elkin frenó, y me bajé del carro. Di un brinco, cayendo sobre un charco que me salpicó de barro toda

la ropa. El aguacero no paraba y a mí me quedaban veinte minutos de subida para llegar a la casa. Llamé a Denis y ella me dijo que las llaves de la casa estaban donde yo sabía. Ellos estaban trabajando en Agua Amarilla. Allá todavía estaba haciendo bueno. Subí el camino como pude, resbalándome en las piedras del camino llenas de barro. Las gotas de agua no me dejaban levantar la cabeza para ver por dónde iba, así que conté las curvas. Para llegar desde el cruce hay dos lomas empinadas, un plan, un zanjón y dos curvas, después hay un plan en el que descansan la casa de Maximino Rodríguez (q.e.p.d.) y de la familia Rodríguez Velázquez. Llegué a la casa. Tontín y Pointer se habían ido en junta de Denis y Ricardo al tajo, entonces esta vez sus ladridos no anunciaron mi llegada. La lluvia no paraba. El plástico que cubre la parte externa de la casa botaba cantidades grandísimas de agua que ya no podía retener. Esos chorros constantes llenaron todos los baldes de la casa, que ya se desbordaban y encharcaban el pasto de la entrada.

En esas llegaron los perros, ambos entrapados. Detrás de ellos, venían Denis y Ricardo. Ambos soltaron los jotos y me saludaron. “Por Quecos está totiendo duro”, dijo Denis mientras descargaba la romana y clavaba la peinilla en el suelo. Ricardo le respondió diciendo que se habían venido en pura, porque el agua los estaba amenazando desde hace rato. Ambos alcanzaron a escuchar desde Agua Amarilla *que'l agua estaba totiendo durísimo* desde la parte de abajo. Ese ruido les había advertido a ellos que lo peor no había llegado. Siempre que escuchan totiar por la parte de abajo, es porque se viene un aguacero grande. Esa tarde ambos llegaron lavados y agitados, pero aliviados de saber que se habían salvado de una lavada más brava.

Esa noche Pointer rascaba con desespero la puerta metálica de la entrada. Los truenos toteando lo hacían sentir mucho miedo y pedía que lo dejaran entrar a la casa. Las tejas no dejaban de sonar. El viento hacía traquear el segundo piso de la casa. Por la ventana del cuarto entraba la luz de los rayos que totiaban en el plan de Chinauta. El plástico de la entrada de la casa seguía botando fuertes bocanadas de agua, que caían en los baldes rebosados del agua de la lluvia. El zanjón que pasa por el lado de la casa acompañaba el ruido del aguacero de esa noche.

Mis maestros saben bien que cuando totea fuerte en la parte de abajo es porque va a llover recio. El mundo totea con los aguaceros, avisándole a los campesinos que “se vino'l agua”. Ellos aprenden a escuchar ese ruido que anuncia las tormentas. Yo solía confundir el ruido del río con el de la lluvia, por eso los aguaceros siempre me cogían desprevenida cuando subía del pueblo a la vereda. Denis siempre trataba de avisarme de algún

aguacero cuando venía del pueblo. Ella me llamaba y me afanaba para que llegara ligero a la casa cuando escuchaba totear por el lado de Quecos. Cuando llegaba lavada y llena de barro en las botas, ella siempre me miraba y me decía: “Le dije que estaba totiendo durísimo”.

A Laura Guzmán (2021) sus maestros en el norte del Tolima le explicaron cómo es el mundo. Ella comprendió que someterse a los caminos difíciles de toriar no depende únicamente de saber caminar, o de plantarse duro en las laderas del faldón del río Lagunilla. Para toriar esos caminos bravos también hay que saber escuchar. Es por esto que ella argumenta que sus maestros campesinos del norte del Tolima “reconocen las cosas por sus sonidos antes de verlas” (Guzmán, 2021, p. 85). Cuando el mundo totea nos avisa y nos da tiempo de *resolver*. Por eso, Denis y Ricardo pudieron calcular el tiempo que tenían para subir a la casa antes de que el aguacero no los dejara ni llegar. Los ruidos son avisos de lluvias fuertes, crecientes y tormentas eléctricas. Con esos ruidos mis amigos pueden saber si la vereda se va a quedar sin luz o sin agua. También, por el ritmo que trae el agua, ellos pueden predecir si se viene una de esas lluvias que hace que el río baje con chiquero, o esos aguaceros recios que dañan los cultivos. Denis, por ejemplo, sabía escuchar qué lluvias dejaban el camino “despejaito” y limpio pa’andar.

Totió del solo: ruidos que no dan tiempo

Una mañana, mientras nos alistábamos para salir a trabajar, sonó un estruendo contra la ventana del cuarto de Jader. Después del totazo escuchamos el quejido de un yátaro⁷ en el balcón. Subimos en pura a ver qué había pasado. “Ay qué pesar el yatarito, totió del solo contra la ventana”, dijo Ricardo mientras recogía al pájaro del suelo. El yátaro venía a toda velocidad, se confundió con el reflejo del vidrio y se estrelló. Con la velocidad a la que venía no había nada que hacer. Denis me explicó que esos totazos son mortales para esos animalitos que vienen a toda velocidad. No hubo más remedio que dejarlo arrumado en el monte cuando subimos a trabajar.

Hay cosas que totean *del solo*, es decir, que no dan aviso, simplemente hacen ruido de un momento para otro. He tratado de explicar que el mundo totea continuamente. Las gotas de agua totean rítmicamente contra las ventanas y las tejas de las casas. Las cascadas totean en bocanadas fuertes que se repiten una y otra vez. Las moras cayendo en el coco mientras trabajamos suenan una tras otra, incluso cuando se descargan

.....
⁷ Especie de tucán que habita en las montañas.

en los empaques suenan como repeticiones de totazos. El chiquero totea en forma de chistes que se repiten y hacen ecos que producen carcajadas haciendo que uno se totié de la risa. El agua totea de a bocanadas cuando cae y sigue su curso en las cascadas. El mundo suena en esa saga de cosas que totean y que dan aviso a mis amigos para salir corriendo, o para quedarse trabajando otro ratico. El mundo vive totiendo.

Pero hay ruidos que no dan aviso, que suenan repentinamente. Y *del solo*, el mundo nos enseña que momentos en los que el mundo totea no son solo manifestaciones sonoras, sino materiales. Esto quiere decir que cuando el mundo *totea del solo*, no siempre lo podemos escuchar, porque es algo que pasa una sola vez y de un momento a otro.

Quisiera referirme a los derrumbes o “volcansotes” que me mostraba Adonías cuando subíamos a trabajar al monte. Cuando nos paramos a ver esos derrumbes que se habían llevado a su paso árboles y que dejaban un camino seco de *pedra muerta*, Adonías me explicaba que esos volcanes suelen venirse de un momento a otro, sin dar aviso. Por el camino, Adonías seguía los rastros de las grietas profundas que quedan en la tierra y, con su vara, me señalaba todú ese pedazo y me decía: “Vea, por acá reventó”. Al igual que la chicharra que él también me mostraba (Figura 1), la tierra agrietada nos mostraba que, a pesar de que no la habíamos escuchado, había totiado porque estaba rajada, abierta. Después de que algo totea y hace ruido también deja un rastro que muchas veces queda en forma de grieta o raja. No pudimos escuchar a ese volcán venirse abajo, pero Adonías sí tuvo la certeza de que la tierra había totiado del solo, porque se veía reventada, porque en ella había una seña.

Le avisamos a todú l mundo: la fiesta es vida

– Púrele, Anita, lleve las pantaneras para bajar y en la carretera se pone los tenis –me dijo Denis mientras nos alistábamos para ir al bingo bailable en la escuela.

–¡Fiiiiiiiiuuuuuuuuuu pa pa pa pam pum!

–¡Juuuuy!, se lució el Albeiro con los voladores de cinco totazos. Púrele, Denitas, que ya empezaron a llamar –decía Ricardo mientras aplaudía emocionado.

En los veinte minutos de trayecto, bajando de la casa a la escuela, totieron otros tres voladores. Denis y Ricardo me explicaron, mientras bajábamos, que así se avisaba a todú l mundo algún evento. Por lo general,

la gente echa a totiar voladores en las procesiones de Semana Santa, en las fiestas, en las reuniones de los políticos, en Navidad y en Año Nuevo.

Los voladores suelen venir de tres, cuatro y cinco totazos. Un volador se arma con un palo delgado de caña. A una de las puntas se le amarra un cartucho hecho con un rollo de papel periódico que contiene pólvora. Son muy livianos y se venden por paquetes en los pueblos, sobre todo en las navidades y en las ferias y fiestas. El precio de los voladores depende de la cantidad de totazos que bote en el aire. La gente suele disfrutar más de los voladores de cinco totazos.

Para echar un volador hay que cogerlo con el dedo índice y el pulgar. Luego, con un encendedor o un fósforo se enciende la mecha. De la mano de quien echa el volador, se ve un rastro naranja producido por las chispas de fuego que impulsan el volador a toda velocidad hacia el cielo. Esa cola de fuego produce un ruido estruendoso. Mis amigos me recordaban a mi familia, tratando de imitar el ruido del despegue del volador, soplando muy duro la palma de sus manos. Ya bien arriba, en las nubes, el volador se suspende en el aire con calma y totea, produciendo un estruendo que hace que cualquier persona desprevenida salte del susto. Después de haber totiado, el palo de caña cae al suelo. Días después de la celebración de alguna fiesta, es usual encontrar los palos de los voladores tirados en la carretera.

Ese día, la vía que conduce a la escuela estaba llena de camionetas que habían venido de otras veredas para el torneo de micro que estaba organizado antes del bingo bailable. Recostados sobre las camionetas, los equipos tomaban cervezas de petacos que estaban puestos en el suelo. Otras personas llegaban en moto, adelantando los pasos calmados de las familias que llegaban a pata. Ricardo se quedó con Jader en la entrada, hablando y escuchando música con las personas que estaban tomando cerveza. Todos se saludaban con abrazos y palmadas fuertes en la espalda.

Albeiro, el presidente de la Junta de Acción Comunal, echaba los últimos voladores que le quedaban, para avisar al resto de la gente que el evento estaba por empezar. Cuando entramos a la escuela totió una mecha ¡TA! ¡Mecha hijueputa!, gritaban quienes estaban *cateando* la distancia de las canchas de tejo para el torneo que estaban organizando.

Yo seguí a Denis hasta la cocina. Allá nos saludamos con Zuleima –la cuñada de Ricardo– y con Raquel –la hermana de Ricardo–. Ambas andaban apuradas, fritando y armando empanadas para vender durante el bingo. Cuando Zuleima terminó con la primera tanda de empanadas, se

sentó en las piernas de Denis y empezó a echar chiquero. Todas empezaron a hablar de “La Reina”, una señora que según Zuleima y Denis se venía toda emperifollada a las fiestas. A través de la ventana de la cocina, Zuleima me señalaba a una señora que tenía una cola de caballo que le llegaba hasta la cintura y unos tacones altísimos que no la dejaban caminar bien en el piso agrietado del patio de la escuela. Mientras mirábamos por entre las rejas de la ventana de la cocina, nos dimos cuenta de que “La Reina” se estaba dando cuenta de que la mirábamos. Todas soltamos unas carcajadas y evitamos las miradas de la señora. Zule, entre risas, decía: “Ustedes sí son la cagada, criticando a la pobre señora”. “Como habla de mierda, Zuleima”, le decía Denis con la cara roja de tanto reírse.

En uno de los pasillos de la escuela estaba Albeiro, que anunciaba con el micrófono que quedaban pocos cupos para el torneo de tejo, interrumpiendo la música que retumbaba en los parlantes. Cuando empezó el torneo, los concursantes se arrumaron a un lado de la cancha. Los tejos volaban y cuando quedaban enterrados en la greda de la cancha sonaban con un golpe leve. Cuando el tejo totiaba alguna de las mechas del bocín, la gente acompañaba el totazo del solo con algún putazo y aplausos contundentes.

Esa noche la vereda totió a punta de disquitos de merengue, salsa y música popular. Agua Negra estaba de fiesta por el Día de la Madre y totiaron las mechas del tejo, los voladores de cinco totazos que compró Albeiro y los gritos de los equipos cada vez que algún jugador metía un gol. También totiaron los gritos de quienes completaban los números del cartón y se levantaban en pura de los pupitres, haciendo chillar las patas oxidadas de los asientos contra el piso de cemento del pasillo de los salones para verificar su cartón y reclamar su premio.

En la madrugada totió esa lluvia que se vino *del solo* y nos lavó a Denis, Jader, Ricardo y a mí camino arriba hacia la casa. Los cuatro subimos totiados de la risa, porque el Jader se quedó en el camino orinando y yo lo alumbré con mi linterna, pensando que se había quedado en el camino porque no veía bien. Y totiados de la risa, les avisamos al Tontín y al Pointer que ya veníamos llegando, por eso salieron en pura a ladrar y a recibirnos “los pobres animalitos que nos estuvieron esperando toda la noche”, como dijo Ricardo.

Las noches en Agua Negra no suenan mucho. Cuando nos sentábamos en el escaño a mirar al cielo, solo escuchábamos a los grillos: “Cri, cri, cri”. La vereda suena y totea verdaderamente en esas noches de parranda en la escuela. Durante toda la noche se oyen carros pasar, motos

a toda velocidad, risas, música popular, vallenatos, merengues, “disquitos de salsa”, voladores, mechas de tejo totiando y gente gritando y cantando.

La fiesta es vida. Todos esos ruidos dan cuenta de la vida siendo en la vereda. No somos nada distinto al mundo, hacemos ruido y le avisamos a todul mundo que hay fiesta, que hay recocha, que hay juego. La fiesta es otra manera de totiar y sonar. Cuéllar y Suárez (2019) cuentan que hay lugares en donde se dice que las avalanchas y las crecientes llevan música de fiestas. Sonarán así de duro los golpes de las piedras y del agua que llevará la misma música y los mismos sonidos estruendosos y alegres de la fiesta.

Salida: como somos el mundo, también totiamos

Todos bajamos cansados del monte ese jueves. Como la gallada estaba completa, la cogida de moras rindió y alcanzamos a podar la tabla de abajo del tajo. Ese día sonaron los alaridos del Yilber cantando las canciones que sonaban en su celular. Al tiempo que Adonías se reía por verme brincar del susto cada vez que Yilber metía un grito con algún coro de alguna canción, sonaban las moras gruesas cayendo entre los cocos de todos. Cuando acabamos con la cogida, sonaron las tijeras que cortaban las ramas secas de las matas de mora. Ruidos metálicos reemplazaron los ecos de las moras totiando contra el plástico de los cocos.

De bajada hacia la casa, acompañamos a Denis a amarrar a los becerros que estaban pastando en el lote de don Víctor. Escuché a mis espaldas los brincos que daba el Cabezón. Volteé y lo vi pateando con fuerza y corriendo hacia mí. Angustiada, pegué un grito y salí corriendo para esquivar al toro que venía brincando loma abajo, con la mala suerte de caer entre un barrial. “Solo está jugando”, me gritaba Yilber a la distancia, mientras carcajeaba.

“Ana María quedó sembrada en el barrial”, gritó Aidé. Trataba de salir de ahí, pero el barro me tragaba. El movimiento de mis piernas entre el barro sonaba como un animal chasqueando. Aidé se puso detrás mío y sacó mis botas con sus manos por la parte de atrás. Ese intento por rescatarme del barro fue peor. La fuerza que hizo Aidé me hizo caer de narices al barrial. Ambas nos ahogamos de la risa. Denis solo alcanzó a gritar “¡Ayyayayyyy!”. “No le ayude tanto”, gritó Yilber entre carcajadas. La risa me quitaba la fuerza para salir de la piscina de barro. Aidé estaba con la cara roja. De tanto reír todos terminamos llorando. Tratábamos de hablar, pero nuestras carcajadas se respondían una a la otra, no podíamos parar. Nos totiamos de la risa.

No solo nos totiamos de la risa. Las lágrimas también se nos escurren cuando nos coge la tristeza. El día antes de devolverme para Bogotá, bajé con Adonías del monte hasta la casa. Cuando llegamos, le pedí que me esperara mientras lavaba mis botas y las empacaba en una bolsa para que él se las pudiera llevar. Sus botas ya estaban muy rotas y, como calzamos lo mismo, le quise dejar las mías para que las cambiara. Mientras les quitaba el barro en la laja del lavadero, vi que se sentó en el escaño de la entrada de la casa. A lo lejos escuché su voz entrecortada diciéndome: “Mi china, no se ha ido y ya la extraño”. Tan pronto lo escuché, me asomé y lo vi con la cabeza mirando al piso. Luego se pasó por sus ojos sus manos manchadas de mora, limpiándose las lágrimas que se le escurrían por sus mejillas. Verlo así me hizo chillar. A mí también se me escurrieron las lágrimas, pero Adonías no demoró en levantarse del escaño, recibirme el talego con las botas y salir de la casa diciendo: “Por eso no me quería venir. No me gusta despedirme. No llore, chinita”.

Con él me hablo seguido por teléfono. Hace poco me llamó para contarme chistes. Este es uno de esos:

Iban dos limones cogidos de la mano por la carretera.
Cogidos de la mano.
Iban así: tarán tan tan, tarán tan tan, tarán tan tan.
Y eso pasó un carro y ¡juaaa!, estripó un limoncito.
Eso lo dejó espichado, partido en dos en la carretera.
Y el otro eso se puso chille y chille.
Entonces alguien pasó y le dijo que no se pusiera triste.
Y el limón dijo: “No si yo no estoy triste, es que me cayó en los ojos”.
Mana, claro. Chillaba, no ve que eso escuece como un verraco.
¿Qué le pareció? Ese le gusta peru’harto a mi nieta.

Después de echar risa un rato, nos quedamos en silencio. Al cabo de unos segundos me dijo que echando chistes y hablando chiquero se le olvidaba la soledad. Hace un año que Yilber resolvió irse a Bogotá con su nieta y “la soledad pega, china”. Para no llorar de tristeza, él prefiere llamar y echar chistes y cuentos. Las risas lo mantienen ocupado y así evita llorar de tristeza cuando se hace de noche y siente el silencio de la soledad en los cuartos de su casa.

Luis Alberto Suárez (2018) cuenta cómo una vez, chumado en Cumbal (Nariño), fue víctima de una ilusión que lo hizo rodar por un barranco. Él cuenta que don Julio, su amigo, se burló tanto y con tantas ganas que le dijo que le había hecho salir agua por los ojos. Al parecer, la gente en Cumbal en lugar de decir que algo los hizo llorar, dicen que ese

algo les “hizo salir agua por los ojos”. Así como a nosotros nos sale agua cuando nos totiamos de la risa, al mundo también le sale agua cuando totea. Ricardo y Leonel tienen la certeza de que el mundo revienta o totea cuando quiere salir agua por debajo de la tierra. Un día, sentados en el escaño de la casa, Ricardo me enseñó que cuando la tierra totiaba y se venía en volcán era porque el agua que corría por debajo de la tierra quería salir. Así nos pasa a nosotros cuando nos totiamos de la risa, o cuando lloramos de tristeza, como le pasa a Adonías cada vez que le pega duro la soledad.

En nosotros también hay crecientes que nos hacen salirnos de nosotros mismos en lágrimas y carcajadas escandalosas, o también en llantos dolorosos. Quisiera referirme a “La creciente”, una de las canciones que suena cada mañana en la casa de Denis y Ricardo. Pero que no solo suena en esa casa que echa humo desde su cocina a las cinco de la mañana, sino que suena en los carros que transportan a la gente que va del pueblo a la vereda, en los almacenes y en los radios aporreados de los campesinos que suben a diario a trabajar a sus tajos.

Rafael Orozco habla de una creciente que no solo se siente en los nubarrones que anuncian las tormentas. Durante la canción, él habla de una creciente que se desborda no solo en los ríos y en las olas del mar que crecen y caen con fuerza. Rafael Orozco siente también esas crecientes en él. Su intención no es hacer una comparación de las crecientes y las tormentas con respecto a lo que él siente en su cuerpo. Lo que explica esta canción es que esas lluvias y esas crecientes crecen en nosotros.

Y así como en invierno un aguacero
Lloran mis ojos como las tinieblas
Y así como crecen los arroyuelos
Se crece también la sangre en mis venas
El mar sereno se vuelve violento
Parece una gigante marejada
Ya crece la alegría en mi pensamiento
Como el despertar de un sueño
Porque vi mi prenda amada

Algo parecido advierte Mónica Cuéllar (2011) en su trabajo en el norte del Tolima. Ella argumenta que sus habitantes cuando se enamoran dicen que sienten una “lloviznita”. Esa lloviznita se traslada a la tragedia de Armero en la que los habitantes de los pueblos cercanos vieron cómo caía una lluvia leve de cenizas que cubrieron las vías, las casas, los patios y demás lugares de esos municipios. Lo que sentimos

no es nada distinto a lo que pasa en el mundo. Esa lloviznita que sienten las personas que se enamoran, en el caso del trabajo de Cuéllar, se siente en el cuerpo y va acompañada al principio de una sensación de tranquilidad, pero luego de angustia. Ese día, previo a la tragedia, el mundo sintió también esa lluvia leve de cenizas que anunciaba la avalancha del 13 de noviembre de 1985.

Quiero advertir entonces que las crecientes, los volcanes, las caídas de agua o los aguaceros no son simples manifestaciones del mundo. Para ello, quisiera referirme al trabajo de María Camila Méndez (2016) en San Bernardo. En este trabajo la antropóloga se dedica a hacer un análisis de las rutas del agua. Para ello, acompañó varias reuniones de los acueductos de las veredas El Carmen y Agua Negra. En su trabajo, ella cuenta que en un grupo focal uno de sus participantes hizo un diagrama en el que trataba de explicar las funciones de las montañas, la neblina, el musgo, los árboles y los humedales. Entre las funciones de estos “elementos del ecosistema” (p. 62) están las de ser canales, almacenar agua o regular la temperatura. Lo que yo entendí trabajando en junta de mis maestros fue algo completamente distinto. Cuando caminaba con ellos hacia el tajo o hacia la casa, o cuando escampaba de algún aguacero comprendí que los ríos, las cascadas, las montañas, incluso la neblina son elementos con funciones puntuales en el mundo, como argumenta Méndez.

No somos nada distinto al mundo y es por esto que lo que le pasa al mundo también nos pasa a nosotros. Guzmán (2021) argumenta que el cañón, los caminos y la gente se están haciendo todo el tiempo y que esa compañía mutua los lleva a estar siendo. El mundo, como argumenta Tim Ingold (2012), es una obra en continuo crecimiento. Nosotros somos el mundo y es por eso que también vivimos totiando.

Pero, para seguir pensando en la noción de totiar, habría que tener en cuenta el crecimiento. Cuando las matas de mora botan flor, mis amigos de San Bernardo dicen que está “echu’a totiar” (Figura 3). Pero no solo dicen que las matas o las lluvias o las crecientes totean. Es común que cuando una vaca esté por parir ellos digan que el animalito está que se totea.

Totiar es un evento sonoro y también un evento material. Somos capaces de distinguir que algo totió porque hay señas físicas de que eso pasó. Grietas en la tierra o en el tórax de las chicharras son señas de que el mundo totió en algún momento. Ingold (2013) argumenta

que las propiedades de los materiales son historias que acontecen. Para él, el ambiente es un mundo que acontece en relación con los materiales que no solo existen sino que además están siendo. Las propiedades de los materiales, dice Ingold, son experimentadas en la práctica.

Mis amigos de San Bernardo experimentan continuamente los crecimientos del mundo cuando saben que este totió. En palabras de lo que argumenta Ingold (2013), mis maestros saben que las propiedades de los materiales son historias (p. 38) de crecimientos. Son señas de un mundo que los acompaña y que vive totiando y creciendo, no solo por sí mismo. El mundo, como las amistades y el trabajo, crece en nosotros. Totiar es la vida siendo en ese mundo agrietado y floriado.



Figura 3. Flor de mora cuando totea. Tajo de la familia Rodríguez Velázquez, Vereda Agua Amarilla.

Fuente: Ana María Rodríguez S. (2019).

Financiación

Este artículo procede de la tesis de pregrado titulada “Resolver y andar en junta en un mundo que tota: antropología de la vida campesina en San Bernardo, Cundinamarca”, financiada con recursos propios.

Conflicto de intereses

La autora declara que no existen conflictos de intereses para la publicación del artículo.

Referencias

- Anzola, S. (2020). “Uno hace la finca y la finca lo hace a uno”: trabajo, conocimiento y organización campesina en Sucre, Cauca. Editorial Gente Nueva.
- Cuéllar, M. (2011). Por ti me estoy consumiendo: cuerpo, despecho y brujería en el Norte del Tolima. *Maguaré*, 25(2), 65-88.
- Cuéllar, M. y Suárez, L. A. (2019). Canciones que nos ocupan. *Pai. Revista de Etnografía*, 6(2). <https://bit.ly/3SJ97nX>
- Gell, A. (1999). The language of the forest: landscape and phonological iconism in Umeda. En E. Hirsch (ed.), *The Art of Anthropology: Essays and Diagrams* (pp. 232-258). Athlone.
- Guzmán, L. (2021). Buscar la forma: ir sometándose y andar toriando caminos en el Norte del Tolima, Colombia. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 23(1), 65-99. <https://revistasojos.ucaldas.edu.co/index.php/virajes/article/view/2487>
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chuthuluceno*. Editorial Consonni.
- Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Ediciones Trilce.
- Ingold, T. (2013). Los materiales contra la materialidad. *Papeles de trabajo*, 11, 19-39.
- Marín, H. (1976). La creciente [canción]. En *El Binomio de Oro*. Codiscos
- Méndez, M. C. (2017). *Las rutas del agua: Un estudio sobre los territorios hidrosociales de El Carmen y Aguanegra (San Bernardo, Sumapaz)* (tesis de pregrado). Universidad del Rosario, Bogotá, Colombia. <https://bit.ly/3fXZnaX>
- Sánchez Guapacha, G. (2020). *El mundo les canta a ellos y ellos le cantan al mundo. Una etnografía con los sikuani de Puerto Gaitán*. Tesis de pregrado en antropología sin publicar. Manizales: Universidad de Caldas.
- Suárez, L. A. [Instituto Colombiano de Antropología e Historia]. (10 de mayo de 2018). III Bloque - Alimentar, curar y cuidar en la vida campesina [Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=516pucsUUk0&t=9069s>
- Suárez, L. A. (2021). Una antropología con las manos sucias y la barriga llena. Propuesta de trabajo seguida de muchos rayes. En *La etnografía: Problemas y soluciones* (pp. 77-116). Asociación Colombiana de Antropología.
- Vasco, L. G. (2007). Así es mi método en etnografía. *Tabula Rasa. Revista de Humanidades*, 6, 19-52. <https://bit.ly/3yuD82B>